

LA VUELTA DESEADA

EL DUQUE DE RIVAS

Freeditorial 

Romance Primero

Entre aquellos olivares
que Torreblanca domina
y ciñen de un lado y otro
el camino de Sevilla,
por un atajo atraviesa, 5
para llegar más de prisa,
una carretela verde
con una gran baca encima;
toda cubierta de barro,
tableros, muelles y viga, 10
de barro seco y reciente
y de tierras muy distintas.
Cuatro andaluces caballos,
que en torno lodo salpican,
en humo y sudor envueltos 15
de ella presurosos tiran.
Y del postillón las voces
con que los nombra y anima;
del látigo los chasquidos,
que los acosan y hostigan; 20
el son de los cascabeles,
y el de las ruedas que giran
rápidas, tras sí dejando
dos huellas no interrumpidas;
forman estruendo confuso, 25
y que viene posta avisan
a los carros y arrieros
que hacia un lado se desvían.
Dentro de la carretela
un hombre aún joven camina, 30
que revuelve a todos lados
la desencajada vista.
Es Vargas: alegre torna
de su patria a las delicias
después de vagar seis años 35
emigrado en otros climas.
Antiguos amigos halla
en cuantos objetos mira,
y en árboles, tapias, lindes,

dulces memorias antiguas; lo pasado y lo presente anudando va, y delira entre esperanzas risueñas y entre ya pasadas dichas. * * *	40
Trastornos, persecuciones, desventuras, injusticias, en sus más floridos años le arrancaron de Sevilla, abandonando riquezas, hombres, nombre y familia, y dejándose allí el alma en el pecho de Jacinta. Jacinta, encanto y adorno de toda la Andalucía; y por sus luengas pestañas, por su apacible sonrisa, por los graciosos hoyuelos que avaloran sus mejillas, por su cuerpo primoroso y por sus formas divinas, por su gracia y su talento, y su modestia expresiva, el hechizo de los hombres, de las mujeres la envidia. Dieciséis años contaba, cuando Vargas, ¡alta dicha!, logró conmover su pecho y agitar su alma sencilla; al par que el amable joven ardió en la pasión más viva, al mirar a una doncella tan inocente y tan linda, En sus puros corazones creció desde la hora misma, y el trato y correspondencia acrecentó en pocos días un primer amor de aquellos que las estrellas combinan, amor que de dos personas el Destino eterno fija. En los lazos de himeneo	45 50 55 60 65 70 75 80

a unirse dichosos iban
con el aplauso felice
de sus contentas familias;
cuando se alzó tronadora 85
la borrasca embravecida
que, ¡infelices!, confundiólos
del infortunio en la sima.
* * *

Seis años, ¡oh cuán eternos!,
Vargas por tierras distintas 90
huyó infelice, luchando
del Destino con las iras,
sin encontrar de consuelo
ni de esperanza mezquina,
un solo sueño de noche, 95
un solo rayo de día.
Las extranjeras beldades
estatuas le parecían,
las ciudades opulentas
que el orbe orgulloso admira, 100
desiertos... ¡Ay!, pero puede
feliz llamarse en sus cuitas,
venturoso en su destierro,
fortunado en sus desdichas.
Creció el amor con la ausencia 105
en el pecho de Jacinta,
que la distancia y el tiempo
al que es verdadero, afirman.
De cuando en cuando se cruzan
papeles que lo acreditan, 110
cartas trazadas con llanto,
cartas con el alma escritas.

Romance Segundo

Todo en el mundo es mudable,
ni el bien ni el mal son eternos;
la apacible primavera 115
sigue al riguroso invierno;
a la oscura noche el día
y a la borrasca que al cielo
empañó con densas nubes
y asustó con rudos truenos, 120
la calma serena y pura.
Así suelen a los tiempos
de desventuras y llantos
seguir de paz y consuelo.
Del Rin en la orilla helada, 125
abrumado de sí mismo,
Vargas proscripto gemía
su fortuna maldiciendo;
cuando noticias recibe
de que la patria le ha abierto 130
las puertas..., júzgalo, absorto,
ilusión de su deseo;
mas Jacinta se lo escribe,
y cuanto ella dice, es cierto.
Otra carta..., de la madre 135
de Jacinta..., que al momento
vuele a Sevilla, le ruega,
en donde dará himeneo,
el día de su llegada,
a tan constante amor premio. 140
* * *

No la paloma, que presa
llora en doloroso encierro,
si acaso un resquicio mira,
tiende apresurado el vuelo
hacia el palomar y nido, 145
en donde vio el sol primero;
ni el torrente, a quien contuvo
el malecón interpuesto,
en cuanto lo encuentra roto,
se arroja a su antiguo lecho, 150

y por él se precipita
hacia la mar, que es su centro,
tan veloces como Vargas
corre, sin tomar resuello,
a Sevilla; los instantes 155
son para él siglos eternos.
Montes, llanuras, ciudades,
ríos, Estados diversos
atrás deja, y los caballos
de tardos acusa y lentos. 160
Ya salva las altas cumbres
del nevado Pirineo;
entra en España, ya escucha
la lengua de sus abuelos
¿Qué importa? Ni un solo instante 165
retarda su raudo vuelo.
Halla a cada paso amigos,
halla intereses y deudos;
no se para, corre, corre,
que tiene en Sevilla puesto 170
su afán y hasta que descubra
la Giralda no hay sosiego.
* * *
Apenas ha quince días
que en las márgenes del Reno
de su Jacinta la carta 175
leyó, juzgándolo sueño,
y los caños de Carmona
ve a su siniestra creciendo,
y al frente la antigua puerta,
para él la puerta del Cielo. 180
Cualquiera mujer que mira
en mantilla y de paseo,
que es Jacinta que le espera,
juzga, y le palpita el pecho.
Al llegar se desengaña 185
y en otra que ve más lejos...
Jacinta fuera de casa
está, sí; sale a su encuentro.
Era en punto mediodía;
entra por fin, y molestos 190
los guardas el carruaje
detienen corto momento.

Los maldice y les da oro,
porque le detengan menos;
«corre»; al postillón le grita, 195
y torna a marchar de nuevo.

Por las retorcidas calles
echa pestes y reniegos
a cada lenta carreta,
a cada corro interpuesto, 200
que a templar el paso obliga
de los caballos ligeros,
y anheloso a verse llega
de la ciudad en el centro.

* * *

Oye de fúnebres cantos 205
el triste son desde lejos;
se aproxima, y por la calle
que va a tomar, un entierro
pasa. Con hachas de cera,
pobres, vestidos de negro, 210
van de dos en dos; los siguen
las cofradías; a lento

paso un féretro se acerca,
de un blanco paño cubierto,
con una palma y corona 215
de blancas flores... Agüero
terrible, que es de doncella
principal y de respeto
el funeral le parece...

Hierve taciturno el pueblo 220
en derredor. Manda Vargas,
turbado con tal encuentro,
que tome por otra calle
al postillón. Revolviendo
éste los caballos, torna 225
por un callejón estrecho,
y a la calle ansiada llega
después de corto rodeo.

Mucha gente en los balcones
está, mostrando en sus gestos 230
sorpresa de que en tal día
llegue a la casa un viajero.

* * *

Párase la carretela;

la puerta está abierta, yermos
 el ancho portal y el patio; 235
 reina en la casa el silencio.
 De un salto Vargas se apea,
 corre a la escalera presto,
 de ella por un lado y otro
 de cera advierte un reguero 240
 reciente. Veloz la sube,
 abre la mampara... ¡Cielos!
 Colgada está la antesala
 en redor con paños negros.
 Enlutada una gran mesa 245
 mira colocada en medio,
 y en sus cuatro ángulos arden,
 sobre cuatro candeleros
 de plata, cándidas velas
 consumidas casi; el suelo 250
 cubren deshojadas flores,
 siemprevivas y romero.
 ¡Dios!... ¡Pobre Vargas! Absorto,
 sin voz, sin alma y en hielo
 convertido, ni respira. 255
 Ojos cual los de un espectro
 gira en derredor; se ahoga
 sin respiración su pecho.
 Volviendo en sí un corto instante,
 oye llorar allá dentro; 260
 cuando se abre lentamente
 una puerta que, al momento,
 se cierra, y un sacerdote,
 que por ella sale, lleno
 de lágrimas el semblante 265
 (de dar en vano consuelo
 viene a una madre infelice),
 queda inmoble a Vargas viendo;
 Vargas le mira, y no alienta;
 mas tras de breve silencio, 270
 rompe al cabo, y le pregunta
 con un angustiado esfuerzo:
 «¿Dónde está?» Quedóse helada
 su lengua. Fáltale aliento
 al turbado sacerdote, 275
 y con agitado aspecto

alza el rostro, y levantando
 la diestra, señala al cielo.
 Vargas le comprende; arroja
 un alarido de infierno; 280
 huye veloz; la escalera
 baja delirante, ciego;
 nada ve, corre cual loco
 por las calles, y muy presto
 desaparece. En Sevilla 285
 la noticia cunde luego
 de su llegada; le buscan
 sus amigos y sus deudos.
 Todo, todo en vano; algunos
 dan señas de que le vieron 290
 junto a la Torre del Oro,
 cuando el sol ya estaba puesto.
 * * *

En un remanso, que forma
 el Guadalquivir, no lejos
 de Gelves, a las dos noches 295
 unos pescadores vieron,
 a la luz de escasa luna,
 de un joven ahogado el cuerpo
 vestido aún. Procuraron,
 compasivos, recogerlo; 300
 pero al llegar con la barca
 y al agitar con los remos
 el agua, veloz corriente
 llevó el cadáver. Suspensos
 Siguiéronle un corto rato 305
 con los ojos, y muy presto
 fue leve punto en las aguas,
 y de vista lo perdieron.